J. GEORGI F.

Revista de Artes y Letras

DIRECTORES

M. L. ROCUANT

F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4
de la Revista

IX de las Ediciones
Agosto 1918

«LAS NOCHES DE ORO»

...iba el peregrino,
tendidas las alas de su pensamiento;
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino...

Esta nítida estrofa, cristalización musical y perfecta del vasto, infinito programa de ese zahorí emocionado que todo poeta es, apareció al frente del primer libro de Rafael Alberto Arrieta, el poeta argentino que nos envía hoy el más bello de sus volúmenes. Cuando tal programa leímos, expresado en forma tan alada como sintética, hubo en nuestro espíritu siempre voraz de poesía un estremecimiento de fe. El concepto de aquellos cuatro versos nos prometía lo que todo artista consciente de su misión puede ofrecer: restituir al mundo, encendido en el resplandor de su propio temperamento, cuanto la naturaleza y la vida le dan en el camino. Y la poesía con que el concepto nos era comunicado nos aseguraba una segura y alta realización de los temas. Todo aquello, pues, que *sub specie æterni* presiente el alma en la ruta de un alto poeta, y que está allí como esperando la visión que lo alumbre y manifieste en plenitud, parecía atisbar entre las páginas cuya posesión íbamos a lograr.

Y esas páginas nos confirmaron la presunción, en tomos sucesivos de creciente amplitud, creciente hondura y creciente perfección.

Hoy nos hallamos delante de *Las Noches de Oro*, libro defi-

nitivo, de maestro, de gran poeta. Hemos cerrado el volumen y ha quedado tremolando en nosotros un mundo de momentos sugeridos, esa como continuación muda que vibra en el silencio tras la ejecución de una sinfonía inefable.

Inefable, sí; hemos querido emplear un adjetivo peculiar de este poeta, para hablar de él, en lo posible, con su propio lenguaje. Hay un indiscutible maridaje entre el temperamento de un escritor y sus adjetivos predilectos. Y el adjetivo inefable, tan usado por Arrieta, representa a nuestro juicio el mejor calificativo de su alma y por ende el de su obra; él da, matizado por otros como cordial, armonioso, trémolo, límpido y plurísono, la afinación diferencial de su personalidad poética. Un inefable deleite nos queda tras de leerlo, nos sentimos entonces engreídos de los paisajes, de las escenas candorosas, de las pasiones altivas o humildes y aun de la trascendencia que el poeta exprime a cuanto tema de algún aspecto ideológico trata en sus breves poemas. Toda obra de arte representa un pasado redivivo, y tal resurrección, a través de Rafael Alberto Arrieta, es siempre inefable: un suave e irisado poso aconcha en nuestro corazón; la grata y saludable lágrima, el agua de ternura, nos esponja; y una feliz sonrisa de comprensión y amor ilumina en todo momento nuestro mundo interior.

Comprobémoslo con algunos ejemplos, elegidos, por razones de espacio, entre las composiciones más breves de *Las Noches de Oro.*

EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, este era el caso...

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras, en el regazo).

EL VIAJERO

Los niños preguntaban
sonrientes al viajero:
—¿Quién sois? ¿qué nos daréis?—Al despedirse
sin responder, entre los ojos cándidos,
dejóles el misterio.

A mozos y doncellas
que alegres asediáronle y siguieron,
al perderse de vista,
en el alma y los labios
dejóles el deseo.

Los ancianos al verle
pasar, lo detuvieron.
Mas sin decir palabra, al alejarse,
dejó en los corazones
marchitos, el recuerdo.

REVELACIÓN

Si tú lo sabes ¡Calla!
(Arde en sus ojos la revelación...)
La luz serena bajo la pantalla
¡cómo apacigua aún mi corazón!

¡Oh, sí, lo sabes! Pende
de tu silencio la palabra, oh sí!
No la pronuncies... (Mi dolor la entiende).
¡Soy tan dichoso todavía así!

¡Lo sabes todo, todo!
¿No es verdad que lo sabes, no es verdad?
¡Quiero saberlo todo, todo, todo!
¡Me mata lentamente esta ansiedad!

¿Que no lo sabes? Dices
que nada sabes ni mi angustia induces?
¡Y me miras así!
¡Cierra tus ojos, como cicatrices!
¡Apagad, apagad todas las luces!
En sus pupilas la verdad leí...

PEREGRINACIONES

Cae la tarde, silenciosa y pálida,
con la inefable suavidad de un velo.
Disipada mi túnica de oro,
visto la dulce imprecisión del véspero.

Al internarme en la nocturna senda
vestiré la mortaja de las cosas,
el terciopelo azul en que se oculta
el latido rosado de la aurora.

Pero si el alma es como un lago inmóvil
bajo los astros, en su espejo lleva
la sideral blancura.
Luego el alba disipa su diadema.

Me internaré en la noche
vistiendo la mortaja de las cosas...
No faltará a mi cita—cuando el alma
pierda su imagen sideral—la aurora.

Del seno rosicler, más tarde, al seno
del día esplendoroso
iré, como una nube,
a recobrar mi túnica de oro.

Y siempre así, viajero sonriente
a través de las horas sucesivas,
mi corazón, en su apariencia de agua,
será siempre diversa y armoniosa
fugacidad que canta.

Como se ve, cuanto este poeta canta, aun lo doloroso—y aun lo dantesco, como «La Preferida», hondo y bellísimo poema que sólo por sus dimensiones no citaremos—deja en un transporte deleitoso, «inefable».

Y son muchas, son todas las composiciones de «Las Noches de Oro» dignas de transcribirse al lector. Los *Lieder* y *Poemas breves,* las *Peregrinaciones,* las *Evocaciones,* cuantas partes agrupan en el volumen los versos, merecerían darse a conocer al lec-

tor chileno, que por desgracia se halla todavía tan ajeno a la producción argentina.

Pero ya que en un artículo ello no cabe, incitemos siquiera con el comentario.

Muchas son las excelencias de este poeta. Desde luego, la adecuación de la forma única correspondiente al género de su poesía. Su modo de sentir exige más que otro alguno la diafanidad, el verso alado, impalpable, aquel que hace fluir la poesía, no de imágenes brillantes, ni de centellas líricas, ni de ritmos enérgicos, sino de una vibración inaprensible, pero penetrante, de un encanto musical que parece fugaz y sin embargo persiste, de un divino no sé qué que en todas partes y en ninguna está. Después, muchas excelencias más. Porque difícil es hallar tanta hondura y elegancia tal, semejante fusión de lo denso y lo transparente, igual fuerza emotiva, evocadora y sugerente a la vez. Con un léxico rico y culto, Arrieta es siempre sencillo; bajo un aspecto objetivo, hay siempre un mundo interior henchido, robusto y pleno de proyecciones en sus versos.

Sin duda, la música tiene gran parte en su victoria.

Él mismo nos dice:

> La voz, la voz, desde el suspiro al grito!
> Límpida, grave, trémula, recóndita,
> siempre la voz, no importa la palabra,
> qué importa la palabra; la voz siempre!

Y concluye:

> Tu voz, sólo tu voz que me penetra
> como la luz y es música de astros!

Porque, como hemos dicho, hay en Arrieta un sabio del verso, hasta un complicado hábilmente oculto, y un erudito, y un seleccionador diestro del vocablo; pero por sobre todo ello reina en su obra la vaguedad elocuente y milagrosa de la música que «penetra como la luz» y enciende, exalta y transporta.

Posee, lisa y llanamente—se dirá—el *quid divinum* de la gran poesía. Eso es lo que cabalmente queríamos fundar. Este

joven maestro del verso es, bajo la sabiduría de la forma, un gran poeta. Precisa que en Chile, donde su personalidad no tiene semejante, se le conozca bien. Ello traería una orientación saludable, hacia el jardín de las emociones felices, y de los dolores felices, diríamos un poco paradójicamente, de los dolores que, mirados de un elevado punto de vista, en vez de desgarrar despiertan la ternura y robustecen el amor a lo creado, a la vida, a esta vida nuestra cuyo sangrar incesante parece que es necesario para la evolución del Todo.

Nosotros, a la influencia de sus versos debemos ya un bien, el de robustecernos el amor, ese amor a la naturaleza, a todo lo creado; ese amor que ha hecho místicos, en cuanto hacerse místico significa universalizarse.

Acaso estas almas todo emoción, cuyas horas, aun las de pesimismo, fluyen bondad, se encuentren más próximas al Gran Secreto. Acaso para ellas, en el Fin, haya el mejor recuerdo:

...iba el peregrino,
tendidas las alas de su pensamiento;
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino...

EDUARDO BARRIOS.